

renueve este ofrecimiento cada vez con más amor mientras dura su trabajo.

Mas no se crea que este libro es un tratado de vida interior. De ningún modo, pues no se trata en él más que de la sagrada Comunión y del recogimiento interior. Por otra parte, estas meditaciones no tienen entre sí otra conexión que la que se sigue de versar sobre asuntos análogos entre sí: algunas servirán para mejor entender las anteriores; otras serán consecuencia lógica de las precedentes.

Esperamos que las almas amantes de la oración saborearán estas consideraciones del Padre Eymard, en que se echa de ver el amor con que están expuestas, y seguirán sus consejos, dictados por la experiencia más consumada en los caminos del Señor. Aquí hallarán además luz en su dirección espiritual. Pero lo que sobre todo deseamos es que comprendan todas que para santificarse es necesario vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía, y que no se da en la tierra la santidad sin la Comunión sacramental y espiritual, así como la bienaventuranza celestial no es otra cosa que la Comunión con Jesús glorioso.



LA DIVINA EUCARISTÍA

EL ESPÍRITU DE LA COMUNIÓN

Dilata os tuum, et implebo illud.

«Ensancha tus deseos y yo los llenaré.»

(PSALM. LXXX, 2.)

LA última perfección del amor de Jesús, que produce las más abundantes gracias, consiste en su unión inefable con el que recibe la sagrada Comunión. Debemos, pues, aspirar á recibirla con frecuencia, y aun todos los días, mediante todo cuanto la piedad, las virtudes y el amor pueden inspirarnos de bueno, de santo y de perfecto.

Es la sagrada Comunión la gracia, el modelo y el ejercicio de todas las virtudes, pues todas ellas son practicadas en esta obra divina. Así aprovechamos en ellas por medio de la sagrada Comunión más que por los demás medios de santificación.

Es, pues, necesario que la sagrada Comunión llegue á ser nuestro pensamiento y nuestro deseo

principal, el fin de todas nuestras obras, de nuestra piedad y de nuestras virtudes: el recibir á Jesús debe ser, pues, el fin y como la ley de nuestra vida. Todas nuestras obras deben dirigirse á la sagrada Comunión como á su fin, y proceder de ella como de su principio.

Vivamos de tal manera que podamos ser admitidos á recibir con fruto frecuentemente la sagrada Comunión, y aun á comulgar todos los días: en suma, procuremos ser perfectos para comulgar dignamente, y vivamos para comulgar siempre.

Pero la grandeza de Dios ¿no abrumará, por ventura, tu miserable nada? De ningún modo: aquella grandeza divina y celestial que reina en los cielos, no se advierte en la Comunión. ¿No ves aquí á Jesús que se oculta para no causarte espanto, y para que te atrevas á mirarle y á llegarte á Él?

¿Acaso no es tu propia indignidad motivo para permanecer lejos de este Dios infinitamente santo? En verdad, el querubín más santo y más puro es indigno de recibir á Dios en la Eucaristía... ¿Pero no ves que Jesús oculta sus virtudes y aun su misma santidad para no mostrarte sino su bondad? ¿No oyes esta suavísima voz que te llama diciéndote: Ven á mí? ¿No sientes la proximidad del amor divino que te atrae á sí? No son, pues, tus méritos los que te dan derecho para recibirle, ni tus virtudes las que te abren la puerta del cenáculo, sino el amor de Jesús.

¿Pero es tan escasa mi piedad, es tan tibio mi amor! ¿Cómo he de atreverme á recibir á Nuestro Señor, siendo mi alma tan tibia, que por su misma tibieza causa aversión, y tan digna de menosprecio?

¿Eres tibio? He aquí un nuevo motivo para que en

trés en este horno encendido... ¿Eres causa de aversión? Jamás te rechazará este tierno Padre, cuyo amor á ti es más tierno que el de todos los padres y el de todas las madres á sus hijos: cuanto más enfermo te veas y mayor sea tu flaqueza, más necesitado estás de su auxilio: el pan es la vida de los débiles y de los fuertes.

Acaso, dices, estoy en pecado... Si después del examen no tienes certeza moral, si no tienes conciencia positiva de pecado mortal, real ó dudoso, tu alma está viva; si has perdonado á quien te hubiese ofendido, el Señor te ha perdonado á ti. Las negligencias que cometes todos los días, las distracciones en la oración, los primeros movimientos que sientes de impaciencia, de vanidad, de amor propio, la pereza en sacudir inmediatamente el fuego de las tentaciones, todos estos retoños de Adán arrójalos al fuego del amor divino, que lo que el amor perdona, bien perdonado está.

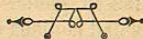
¡Ah! No vivas alejado de la sagrada mesa por vanos pretextos; antes llégate á ella por amor á Cristo, si es que no te mueve á comulgar el amor á ti mismo. Comulgar por amor á Cristo es consolarle del abandono en que le dejan la mayor parte de los hombres; es decirle que no se ha engañado al instituir este santo manjar espiritual; es hacer que fructifiquen los tesoros de gracia que Dios ha encerrado en la Eucaristía para dárselos á los hombres; es todavía más, es dar á su amor en el Sacramento la vida expansiva que su mismo amor desea, es procurar á su bondad la dicha de hacer beneficios, á su Majestad la gloria de difundir largamente sus mercedes. Comulgando se cumple el fin glorioso de la Eucaristía; si no hubiera quien comulgara, este

ría correría en vano, este incendio de amor no abrasaría los corazones, este rey estaría sentado en su trono, pero no tendría súbditos

La sagrada Comunión, no sólo da á Jesús Sacramentado ocasión de satisfacer su amor, sino además le procura una nueva vida, que El consagra á su Padre celestial. En su estado glorioso Jesús no puede honrar á su Padre con amor libre y meritorio; pero mediante la Comunión viene al hombre, forma sociedad con él y se une á él; y mediante esta admirable unión, el cristiano da á Jesús glorioso miembros y facultades sensibles, le da la libertad necesaria para el merecimiento de las virtudes: mediante la sagrada Comunión el cristiano se transforma en Jesús y Jesús vive de nuevo en él.

Cuando el hombre comulga sucede en él algo divino: el hombre trabaja, y Jesús le da su gracia; el hombre conserva para sí el merecimiento, mas la gloria es para Jesús; Jesús puede decir á su Padre: de nuevo os amo, os adoro; vivo y padezco de nuevo en estos miembros míos.

He aquí lo que da á la Comunión su más elevado poder: el ser una segunda Encarnación perpetua de Jesucristo. La sagrada Comunión establece una sociedad de vida y de amor entre Jesucristo y el hombre: es, en suma, una segunda vida de Jesús.



DIRECTORIO PARA LA PREPARACION

Opus namque grande est, neque enim hominis preparatur habitatio, sed Deo.

«Grande obra es, pues, ésta; preparar morada, no para ningún hombre, sino para el mismo Dios.»

(I PAR., XXIX, 1.)

CONSISTE la sagrada Comunión en recibir á Jesús substancialmente en nosotros, en nuestra alma y en nuestro cuerpo, bajo la forma de manjar, á fin de que Jesús nos convierta en sí mismo, comunicándonos primero su santidad y después su felicidad y su gloria.

Mediante la sagrada Comunión, Jesucristo nace, crece y se perfecciona en nosotros. Todo su deseo es que la recibamos, y que la recibamos con frecuencia. Este es también el consejo y de seo de la Iglesia, la cual pone en nuestra mano todos sus medios de santificación para disponernos á recibirla bien, así como todo su culto consiste en preparárnosla y en administrárnosla.

Si conociéramos los dones y las virtudes que nos procura la sagrada Comunión, no dejaríamos de suspirar incesantemente por recibirla. Una sola Comu-

nión puede santificar al hombre en un instante, pues el mismo Cristo, autor de toda santidad, es quien viene á nosotros en ella.

Mas para esto es necesario comulgar dignamente, y para que la Comunión sea digna, se requiere la conveniente preparación y acción de gracias.

I

Dos suertes hay de preparación: la del cuerpo y la del alma. La preparación del cuerpo, consiste en el ayuno completo, á contar desde las doce de la noche anterior, y en presentarnos á la sagrada mesa limpios y decentemente vestidos. La Comunión es las nupcias reales del cristiano, la visita de su divino Rey, el día del Señor del que comulga. Tales títulos exigen que seamos muy diligentes en todo cuanto se refiere á la preparación externa.

La preparación interna supone ante todo la pureza de conciencia, que esté limpia de pecado mortal, y, en cuanto sea posible, de pecados veniales voluntarios. El principal adorno de una casa en que ha de ser recibido algún huésped es la limpieza. Si por ventura son pocas las virtudes que adornan el alma del que va á comulgar, tenga ella por lo menos aquella blancura que la prepara para adquirirlas.

Además son necesarias, devoción, recogimiento interior y fervorosa oración. El amor divino debería hacer que siempre estuviéramos dispuestos á comulgar: el amor desea al amado de nuestro corazón, suspira y anhela por él; el mendigo siempre está pronto á recibir la limosna.

Excitad por lo menos vuestro amor considerando los cuatro fines del sacrificio.

II

Adorad, poseídos de sentimiento de viva fe, á Jesús presente en el Santísimo Sacramento, en la Hostia divina que vais á recibir; adoradle exteriormente con gran respeto y compostura, con profunda modestia de los sentidos, é interiormente con el homenaje de todas las potencias de vuestra alma, diciéndole con Santo Tomás en el transporte de vuestra fe: ¡Vos sois mi Señor y mi Dios!

Dadle gracias por este don tan grande que os hace del amor de Jesús, porque os invita á que os acerquéis á la sagrada mesa y os prefiere á tantos otros mejores que vosotros y más dignos de recibirle en la Eucaristía.

Alabad su designio de haber instituido para vosotros este gran Sacramento, de haber conducido este río de vida, serpenteando á través de todas las generaciones, por espacio de dieciocho siglos hasta llegar á vosotros, tan puro como en su misma fuente.

Benedicid á su omnipotente bondad, que ha triunfado de tantos obstáculos, que no ha retrocedido ante ningún sacrificio ni humillación para darse enteramente á vosotros.

Exaltad el inmenso amor que le ha reducido á ser en este Sacramento la víctima perpetua de vuestra salud, el divino manjar de vuestra vida, vuestro tierno y constante amigo en este destierro. Únanse los ángeles con vosotros; invítadlos á alabar con vosotros á su Dios, á su Rey.

Propiciación.—Después de haber mirado á quien os ha enriquecido y al don tan excelente que os ha he-

cho, volved los ojos á vosotros mismos, mirad vuestra pobreza, vuestras imperfecciones y deudas; humillaos á vista de vuestra miseria y de los pecados que habéis cometido, lloradlos de nuevo; reconoced cuán indignos os habéis hecho pecando, y pedid á Dios que os los perdone y os dé su gracia. Decid á Nuestro Señor: ¿Es posible que olvidéis que he sido un gran pecador? ¿Es posible que no miréis lo que soy todavía, que soy la más vil de las criaturas? ¿Es posible que no veáis lo que por mi desdicha acaso llegaré á ser, la más infiel y desagradecida entre todas ellas?... No, no soy digno de recibirlos; pronunciad siquiera alguna palabra de perdón, y esto me basta... Apartaos de mí que soy un pecador indigno de vuestro amor. Detestad luego vuestros pecados; desead y pedid la pureza de los ángeles, la santidad de la Santísima Virgen. Rogad á los ángeles y á los santos que intercedan por vosotros, y consagraos del todo á María para que ella misma prepare vuestra alma para recibir la sagrada Comunión.

Figuraos después que estáis oyendo de labios del mismo Salvador estas dulcísimas palabras: «Por lo mismo que sois pobres, me llevo á vosotros; porque estáis enfermos, vengo á sanaros; para daros mi vida y para que participéis de mi santidad he instituido el Sacramento. Venid, pues, con confianza; dadme vuestro corazón; vuestro corazón es lo único que deseo.

Suplicad á nuestro Señor se digne quitar todos los obstáculos que le impiden venir á morar en vuestra alma. Arded en deseos, suspirad porque llegue este momento de vida y de felicidad; estad prontos á toda suerte de sacrificios con tal de recibir la sagrada Comunión. Y luego volad, volad á esta mesa celestial:

los ángeles envidian vuestra dicha, el cielo os contempla con admiración. Jesús os está esperando, corred, volad al festín del Cordero.

III

Llegado el momento de comulgar, no os acordéis ya de vuestros pecados; este recuerdo sería una peligrosa tentación, pues os turbaría y os entristecería con daño de vuestra devoción.

No os cuidéis siquiera de decir oraciones vocales: llegaos á recibir á vuestro amoroso Dios tranquilos y poseídos de confianza en la bondad de Jesús que os llama y que os está esperando.

Llegaos á la sagrada mesa con las manos juntas y los ojos bajos, con paso grave y modesto. Arrodillaos sintiendo inmensa alegría y felicidad en vuestro corazón.

En el momento de comulgar deberéis, tener la cabeza levantada é inmóvil, y los ojos bajos; abrid modestamente la boca, sacad la lengua poniéndola sobre el labio inferior, y tenedla así hasta que el sacerdote deje en ella la sagrada forma. Luego podéis tener un momento la hostia en la lengua para que la purifique y santifique Jesús que es verdad y santidad, y, por último, introducidla en vuestro pecho y ponedla en el trono de vuestro corazón. Adoradla en silencio y comenzad la acción de gracias.





EL ESTADO DE GRACIA

COMO PREPARACIÓN PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

*Probet autem se ipsum
bomo: et sic de pane illo
edat et de calice bibat.*

«Pruébese el hombre á
sí mismo antes de comer
este pan y de beber este
cáliz.»

(I Cor., XI, 28.)

I

Es la Eucaristía, pan que contiene en sí toda delicia: luego la primera condición que se requiere para participar de él, es estar vivo, es decir, estar en estado de gracia. Esta es la primera condición y la única esencial: estar libre de pecado mortal.

Es, sin duda alguna, muy conveniente que además nos hallemos exentos de pecados veniales, y que estemos adornados de la piedad y de las demás virtudes; pero todo esto es relativo, más necesario en los religiosos que en los seglares; más en aquellas personas que viven solas y lejos del mundo que en las que están cercadas de cuidados y cargadas de familia. Pero la ley general, ineludible, que comprende á to-

dos, es la que manda que estemos exentos de pecado mortal.

No seamos exajerados en temer ni alimentemos vanos temores en orden á las condiciones que se requieren para recibir dignamente la sagrada Comunión. ¿Estás en gracia de Dios? ¿Quieres llegarte á Jesús y unirte á Él? Pues ven á comulgar. Si eres rico en virtudes, darás mayor gloria á Dios, y tu preparación será mas perfecta. Pero aun así, ¿quién podrá jamás tenerse por verdaderamente digno de recibir á Jesús? Aquella virtud es la verdadera que cree no poseer nada. ¡Habrás de poder pesar tus virtudes y apreciar tus buenas prendas para ver si realmente mereces comulgar! Humíllate y ten vivos deseos, que en esto consiste la verdadera preparación.

Pero fijate bien sobre este punto de la pureza de conciencia; porque sin ella el pan de vida se convertiría para ti en pan de muerte; pues aunque la Eucaristía no ha sido instituída para dar la muerte, pero si ya estás muerto antes de recibirla, doblemente muerto serás después de haberla recibido.

Este es el estado de gracia que exige San Pablo cuando dice: «Pruébese el hombre á sí mismo antes de comer de este pan divino.» Y porque algunos comulgaban teniendo la conciencia manchada, les dice que han comido su propia condenación. Han crucificado en su corazón á Jesús que es su juez.

La Eucaristía es pan de vivos, y el mismo Cristo lo dijo cuando anunció este misterio con estas palabras: «Yo soy pan de vida; el que me comiere vivirá en mí y yo en él.» Aquí se nombran dos suertes de vida; la vida de Jesús en el alma, y la vida del alma en Jesús.

Mas siendo la sagrada Comunión la unión del alma con Jesús, ha de haber unidad entre estos dos términos; cierta paridad que sea el fundamento de la unión; porque las cosas contrarias no pueden unirse. La luz no puede juntarse con las tinieblas ni la muerte con la vida. Luego si Jesús vivo viene á nosotros, necesario es que nosotros estemos vivos, pues sin esta vida no es posible la unión. A lo más podréis encerrar á Jesús en vuestro pecho durante algunos momentos, pero Jesús no permanecerá en él, y vosotros le habéis hecho sacrilega violencia.

Tengamos, pues, presente siempre esta condición esencial que consiste en la pureza de conciencia. Esta condición nos la inculca enérgicamente la Iglesia por boca del Concilio de Trento, prohibiéndonos terminantemente recibir la sagrada Comunión cuando la conciencia nos acusa de pecado mortal, si no nos hemos confesado antes, aunque estemos arrepentidos de nuestros pecados.

II

Aunque no se nos exigiera de un modo tan expreso y terminante esta pureza de conciencia, la simple razón de honestidad nos mostraría el deber que tenemos de purificarnos de todo pecado mortal antes de recibir la sagrada Comunión. La comunión es un banquete, es el festín nupcial del Cordero. Jesucristo nos admite á su mesa y nos sustenta con su propia carne: El es el comensal y el festín *cibus et conviva*. ¿Nos atreveríamos á tomar parte en este festín con hábito indecoroso? ¿Quién sería osado á presentarse en él llevando los vestidos sucios? No

nos hayamos, pues, con Nuestro Señor como no nos atreveríamos á habernos con cualquier advenedizo. La Eucaristía es un festín regio; en él los ángeles circundan, pero á pesar de su pureza no pueden tomar asiento en el banquete. Procurad vosotros, ya que no poseéis la resplandeciente blancura de los ángeles, llegaros á Él por lo menos con la pureza de conciencia que Jesucristo exige como condición precisa para admitiros á su sagrada mesa.

III

Por otra parte, no hay en la Eucaristía cosa alguna que no nos invite á llegarnos á ella con la conciencia pura. ¿No os acordáis de haber visto á los niños que reciben por vez primera la sagrada Comunión? ¡Qué hermosos y puros son estos niños que se suceden unos en pos de otros en prolongadas filas!...

¡Qué pureza la del pan eucarístico! Procede de trigo puro. Después de quitarle el salvado ha sido convertido en harina. ¿Hay cosa más pura que la harina candeal? Ha sido amasado sin levadura, que pone en el pan un germen de corrupción. El Señor hubiera podido escoger otra materia de diferente color, pero no hallaríamos en ella estos ejemplos de pureza...

Es cosa tan natural la pureza, tratándose de la sagrada Comunión, que si yo os dijera que comulgarais en pecado mortal, vosotros sentiríais horror y preferiríais morir antes que cometer semejante crimen.

Ni siquiera os atrevéis á comulgar cuando la conciencia os acusa de algún pecado venial voluntario,

y eso que bien podríais en este caso recibir el Sacramento, porque el pecado venial no se opone radicalmente á la sagrada Comunión. Pero no os atrevéis, porque creéis que sois indignos, porque vuestros sentidos no tienen la blancura que debieran, y por eso venís antes á pedir perdón. Esta conducta prueba, en verdad, vuestra delicadeza, pero al mismo tiempo muestra cuán inseparable de la pureza es la sagrada Comunión.

Mirad lo que hizo el Señor antes de la cena. «Puros sois—dijo á sus Apóstoles—pero los pies los tenéis todavía manchados de polvo; quiero quitarles ese polvo y purificaros enteramente.» Y les lavó los pies.—¡Hermosa lección de humildad, pero todavía más hermosa lección de pureza!

Llegaos, pues, á comulgar en estado de gracia, que es la vida del alma. El suplicio más horrible á que solían ser condenados los mártires, se dice que era el ser atados á un cadáver. Mil veces preferían la muerte antes que verse sujetos á este tormento; pues tormento era y muy espantoso aquella alianza forzada de la muerte con la vida. ¿Por qué, pues, has de unir á Jesús con un cadáver? ¿Quieres dar digna sepultura á Jesús? Pues procúrale, por lo menos, un sepulcro nuevo y que esté limpio.

IV

Mas la razón que más mueve á las almas verdaderamente cristianas á purificar la conciencia antes de comulgar, es que Jesús se une más ó menos íntimamente con ellas, según es mayor ó menor su pureza cuando se acercan á la sagrada mesa.

Si te contentas con solo estar limpio de pecado mortal, Jesús vendrá á ti y vivirás por su gracia; pero á semejanza de Lázaro, que aunque estaba vivo no podía andar, porque tenía los miembros sujetos con vendas, no sacarás mucho provecho de la comunión. Pero limpia más todavía tu alma; ven con frecuencia á cobrar nuevas fuerzas, y acabarás por vencerte enteramente á ti mismo y producirás los frutos de gracia y de buenas obras que Jesús espera de ti.

Cuando el que comulga está limpio, aun de pecados veniales voluntarios, Jesús obra en su alma enérgicamente y sin obstáculos; le inflama el corazón, le excita la voluntad, le ilumina el entendimiento y penetra en lo íntimo de su ser. Entra en la cámara reservada á los amigos, donde no ve ninguna telaraña, se deleita allí con el aroma que exhalan los buenos deseos y permanece en ella durante largo tiempo. Entre Jesús y el alma suceden entonces cosas inefables; el alma adquiere extraordinaria delicadeza, no vive ya para sí, pues hace una sola cosa con Jesús y le dice: «Tomadlo todo para Vos, reinad sobre todas las cosas y amémonos constantemente; quiero ser vuestra sierva por toda la eternidad.»

¡Grande consuelo, que Jesús venga á nosotros según la medida de nuestra pureza! ¡Cómo ha de venir á nuestra alma en razón de las buenas obras que hemos hecho y de las virtudes que poseemos! ¿Qué son nuestras virtudes en comparación de la santidad de Dios? Pero si eres puro, si procuras ser cada vez más puro, esto basta, y Jesús vendrá á ti con alegría.

Este es, pues, el bien á que debemos consagrar to-

das nuestras fuerzas; conservarla nuestra alma limpia de pecado, quitar de ella todo germen de corrupción; purificarla y hermosarla; y he aquí también el fruto de la Comunión: de esta manera se hace continua acá en la tierra la unión de nuestra alma con Jesús, y principia la unión que nos espera en el cielo, y que no ha de cesar jamás.



principal, el fin de todas nuestras obras, de nuestra piedad y de nuestras virtudes: el recibir á Jesús debe ser, pues, el fin y como la ley de nuestra vida. Todas nuestras obras deben dirigirse á la sagrada Comunión como á su fin, y proceder de ella como de su principio.

Vivamos de tal manera que podamos ser admitidos á recibir con fruto frecuentemente la sagrada Comunión, y aun á comulgar todos los días: en suma, procuremos ser perfectos para comulgar dignamente, y vivamos para comulgar siempre.

Pero la grandeza de Dios ¿no abrumará, por ventura, tu miserable nada? De ningún modo: aquella grandeza divina y celestial que reina en los cielos, no se advierte en la Comunión. ¿No ves aquí á Jesús que se oculta para no causarte espanto, y para que te atrevas á mirarle y á llegarte á Él?

¿Acaso no es tu propia indignidad motivo para permanecer lejos de este Dios infinitamente santo? En verdad, el querubín más santo y más puro es indigno de recibir á Dios en la Eucaristía... ¿Pero no ves que Jesús oculta sus virtudes y aun su misma santidad para no mostrarte sino su bondad? ¿No oyes esta suavísima voz que te llama diciendote: Ven á mí? ¿No sientes la proximidad del amor divino que te atrae á sí? No son, pues, tus méritos los que te dan derecho para recibirle, ni tus virtudes las que te abren la puerta del cenáculo, sino el amor de Jesús.

¿Pero es tan escasa mi piedad, es tan tibio mi amor! ¿Cómo he de atreverme á recibir á Nuestro Señor, siendo mi alma tan tibia, que por su misma tibieza causa aversión, y tan digna de menosprecio?

¿Eres tibio? He aquí un nuevo motivo para que en

trés en este horno encendido... ¿Eres causa de aversión? Jamás te rechazará este tierno Padre, cuyo amor á ti es más tierno que el de todos los padres y el de todas las madres á sus hijos: cuanto más enfermo te veas y mayor sea tu flaqueza, más necesitado estás de su auxilio: el pan es la vida de los débiles y de los fuertes.

Acaso, dices, estoy en pecado... Si después del examen no tienes certeza moral, si no tienes conciencia positiva de pecado mortal, real ó dudoso, tu alma está viva; si has perdonado á quien te hubiese ofendido, el Señor te ha perdonado á ti. Las negligencias que cometes todos los días, las distracciones en la oración, los primeros movimientos que sientes de impaciencia, de vanidad, de amor propio, la pereza en sacudir inmediatamente el fuego de las tentaciones, todos estos retoños de Adán arrójalos al fuego del amor divino, que lo que el amor perdona, bien perdonado está.

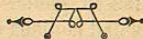
¡Ah! No vivas alejado de la sagrada mesa por vanos pretextos; antes llégate á ella por amor á Cristo, si es que no te mueve á comulgar el amor á ti mismo. Comulgar por amor á Cristo es consolarle del abandono en que le dejan la mayor parte de los hombres; es decirle que no se ha engañado al instituir este santo manjar espiritual; es hacer que fructifiquen los tesoros de gracia que Dios ha encerrado en la Eucaristía para dárselos á los hombres; es todavía más, es dar á su amor en el Sacramento la vida expansiva que su mismo amor desea, es procurar á su bondad la dicha de hacer beneficios, á su Majestad la gloria de difundir largamente sus mercedes. Comulgando se cumple el fin glorioso de la Eucaristía; si no hubiera quien comulgara, este

ría correría en vano, este incendio de amor no abrasaría los corazones, este rey estaría sentado en su trono, pero no tendría súbditos

La sagrada Comunión, no sólo da á Jesús Sacramentado ocasión de satisfacer su amor, sino además le procura una nueva vida, que El consagra á su Padre celestial. En su estado glorioso Jesús no puede honrar á su Padre con amor libre y meritorio; pero mediante la Comunión viene al hombre, forma sociedad con él y se une á él; y mediante esta admirable unión, el cristiano da á Jesús glorioso miembros y facultades sensibles, le da la libertad necesaria para el merecimiento de las virtudes: mediante la sagrada Comunión el cristiano se transforma en Jesús y Jesús vive de nuevo en él.

Cuando el hombre comulga sucede en él algo divino: el hombre trabaja, y Jesús le da su gracia; el hombre conserva para sí el merecimiento, mas la gloria es para Jesús; Jesús puede decir á su Padre: de nuevo os amo, os adoro; vivo y padezco de nuevo en estos miembros míos.

He aquí lo que da á la Comunión su más elevado poder: el ser una segunda Encarnación perpetua de Jesucristo. La sagrada Comunión establece una sociedad de vida y de amor entre Jesucristo y el hombre: es, en suma, una segunda vida de Jesús.



DIRECTORIO PARA LA PREPARACION

Opus namque grande est, neque enim hominis preparatur habitatio, sed Deo.

«Grande obra es, pues, ésta; preparar morada, no para ningún hombre, sino para el mismo Dios.»

(I PAR., XXIX, 1.)

CONSISTE la sagrada Comunión en recibir á Jesús substancialmente en nosotros, en nuestra alma y en nuestro cuerpo, bajo la forma de manjar, á fin de que Jesús nos convierta en sí mismo, comunicándonos primero su santidad y después su felicidad y su gloria.

Mediante la sagrada Comunión, Jesucristo nace, crece y se perfecciona en nosotros. Todo su deseo es que la recibamos, y que la recibamos con frecuencia. Este es también el consejo y de seo de la Iglesia, la cual pone en nuestra mano todos sus medios de santificación para disponernos á recibirla bien, así como todo su culto consiste en preparárnosla y en administrárnosla.

Si conociéramos los dones y las virtudes que nos procura la sagrada Comunión, no dejaríamos de suspirar incesantemente por recibirla. Una sola Comu-

nión puede santificar al hombre en un instante, pues el mismo Cristo, autor de toda santidad, es quien viene á nosotros en ella.

Mas para esto es necesario comulgar dignamente, y para que la Comunión sea digna, se requiere la conveniente preparación y acción de gracias.

I

Dos suertes hay de preparación: la del cuerpo y la del alma. La preparación del cuerpo, consiste en el ayuno completo, á contar desde las doce de la noche anterior, y en presentarnos á la sagrada mesa limpios y decentemente vestidos. La Comunión es las nupcias reales del cristiano, la visita de su divino Rey, el día del Señor del que comulga. Tales títulos exigen que seamos muy diligentes en todo cuanto se refiere á la preparación externa.

La preparación interna supone ante todo la pureza de conciencia, que esté limpia de pecado mortal, y, en cuanto sea posible, de pecados veniales voluntarios. El principal adorno de una casa en que ha de ser recibido algún huésped es la limpieza. Si por ventura son pocas las virtudes que adornan el alma del que va á comulgar, tenga ella por lo menos aquella blancura que la prepara para adquirirlas.

Además son necesarias, devoción, recogimiento interior y fervorosa oración. El amor divino debería hacer que siempre estuviéramos dispuestos á comulgar: el amor desea al amado de nuestro corazón, suspira y anhela por él; el mendigo siempre está pronto á recibir la limosna.

Excitad por lo menos vuestro amor considerando los cuatro fines del sacrificio.

II

Adorad, poseídos de sentimiento de viva fe, á Jesús presente en el Santísimo Sacramento, en la Hostia divina que vais á recibir; adoradle exteriormente con gran respeto y compostura, con profunda modestia de los sentidos, é interiormente con el homenaje de todas las potencias de vuestra alma, diciéndole con Santo Tomás en el transporte de vuestra fe: ¡Vos sois mi Señor y mi Dios!

Dadle gracias por este don tan grande que os hace del amor de Jesús, porque os invita á que os acerquéis á la sagrada mesa y os prefiere á tantos otros mejores que vosotros y más dignos de recibirle en la Eucaristía.

Alabad su designio de haber instituido para vosotros este gran Sacramento, de haber conducido este río de vida, serpenteando á través de todas las generaciones, por espacio de dieciocho siglos hasta llegar á vosotros, tan puro como en su misma fuente.

Benedicid á su omnipotente bondad, que ha triunfado de tantos obstáculos, que no ha retrocedido ante ningún sacrificio ni humillación para darse enteramente á vosotros.

Exaltad el inmenso amor que le ha reducido á ser en este Sacramento la víctima perpetua de vuestra salud, el divino manjar de vuestra vida, vuestro tierno y constante amigo en este destierro. Únanse los ángeles con vosotros; invítadlos á alabar con vosotros á su Dios, á su Rey.

Propiciación.—Después de haber mirado á quien os ha enriquecido y al don tan excelente que os ha he-

cho, volved los ojos á vosotros mismos, mirad vuestra pobreza, vuestras imperfecciones y deudas; humillaos á vista de vuestra miseria y de los pecados que habéis cometido, lloradlos de nuevo; reconoced cuán indignos os habéis hecho pecando, y pedid á Dios que os los perdone y os dé su gracia. Decid á Nuestro Señor: ¿Es posible que olvidéis que he sido un gran pecador? ¿Es posible que no miréis lo que soy todavía, que soy la más vil de las criaturas? ¿Es posible que no veáis lo que por mi desdicha acaso llegaré á ser, la más infiel y desagradecida entre todas ellas?... No, no soy digno de recibirlos; pronunciad siquiera alguna palabra de perdón, y esto me basta... Apartaos de mí que soy un pecador indigno de vuestro amor. Detestad luego vuestros pecados; desead y pedid la pureza de los ángeles, la santidad de la Santísima Virgen. Rogad á los ángeles y á los santos que intercedan por vosotros, y consagraos del todo á María para que ella misma prepare vuestra alma para recibir la sagrada Comunión.

Figuraos después que estáis oyendo de labios del mismo Salvador estas dulcísimas palabras: «Por lo mismo que sois pobres, me llevo á vosotros; porque estáis enfermos, vengo á sanaros; para daros mi vida y para que participéis de mi santidad he instituido el Sacramento. Venid, pues, con confianza; dadme vuestro corazón; vuestro corazón es lo único que deseo.

Suplicad á nuestro Señor se digne quitar todos los obstáculos que le impiden venir á morar en vuestra alma. Arded en deseos, suspirad porque llegue este momento de vida y de felicidad; estad prontos á toda suerte de sacrificios con tal de recibir la sagrada Comunión. Y luego volad, volad á esta mesa celestial:

los ángeles envidian vuestra dicha, el cielo os contempla con admiración. Jesús os está esperando, corred, volad al festín del Cordero.

III

Llegado el momento de comulgar, no os acordéis ya de vuestros pecados; este recuerdo sería una peligrosa tentación, pues os turbaría y os entristecería con daño de vuestra devoción.

No os cuidéis siquiera de decir oraciones vocales: llegaos á recibir á vuestro amoroso Dios tranquilos y poseídos de confianza en la bondad de Jesús que os llama y que os está esperando.

Llegaos á la sagrada mesa con las manos juntas y los ojos bajos, con paso grave y modesto. Arrodillaos sintiendo inmensa alegría y felicidad en vuestro corazón.

En el momento de comulgar deberéis, tener la cabeza levantada é inmóvil, y los ojos bajos; abrid modestamente la boca, sacad la lengua poniéndola sobre el labio inferior, y tenedla así hasta que el sacerdote deje en ella la sagrada forma. Luego podéis tener un momento la hostia en la lengua para que la purifique y santifique Jesús que es verdad y santidad, y, por último, introducidla en vuestro pecho y ponedla en el trono de vuestro corazón. Adoradla en silencio y comenzad la acción de gracias.





EL ESTADO DE GRACIA

COMO PREPARACIÓN PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

*Probet autem se ipsum
bomo: et sic de pane illo
edat et de calice bibat.*

«Pruébese el hombre á
sí mismo antes de comer
este pan y de beber este
cáliz.»

(I Cor., XI, 28.)

I

Es la Eucaristía, pan que contiene en sí toda delicia: luego la primera condición que se requiere para participar de él, es estar vivo, es decir, estar en estado de gracia. Esta es la primera condición y la única esencial: estar libre de pecado mortal.

Es, sin duda alguna, muy conveniente que además nos hallemos exentos de pecados veniales, y que estemos adornados de la piedad y de las demás virtudes; pero todo esto es relativo, más necesario en los religiosos que en los seglares; más en aquellas personas que viven solas y lejos del mundo que en las que están cercadas de cuidados y cargadas de familia. Pero la ley general, ineludible, que comprende á to-

dos, es la que manda que estemos exentos de pecado mortal.

No seamos exajerados en temer ni alimentemos vanos temores en orden á las condiciones que se requieren para recibir dignamente la sagrada Comunión. ¿Estás en gracia de Dios? ¿Quieres llegarte á Jesús y unirte á Él? Pues ven á comulgar. Si eres rico en virtudes, darás mayor gloria á Dios, y tu preparación será mas perfecta. Pero aun así, ¿quién podrá jamás tenerse por verdaderamente digno de recibir á Jesús? Aquella virtud es la verdadera que cree no poseer nada. ¡Habrás de poder pesar tus virtudes y apreciar tus buenas prendas para ver si realmente mereces comulgar! Humíllate y ten vivos deseos, que en esto consiste la verdadera preparación.

Pero fijate bien sobre este punto de la pureza de conciencia; porque sin ella el pan de vida se convertiría para ti en pan de muerte; pues aunque la Eucaristía no ha sido instituída para dar la muerte, pero si ya estás muerto antes de recibirla, doblemente muerto serás después de haberla recibido.

Este es el estado de gracia que exige San Pablo cuando dice: «Pruébese el hombre á sí mismo antes de comer de este pan divino.» Y porque algunos comulgaban teniendo la conciencia manchada, les dice que han comido su propia condenación. Han crucificado en su corazón á Jesús que es su juez.

La Eucaristía es pan de vivos, y el mismo Cristo lo dijo cuando anunció este misterio con estas palabras: «Yo soy pan de vida; el que me comiere vivirá en mí y yo en él.» Aquí se nombran dos suertes de vida; la vida de Jesús en el alma, y la vida del alma en Jesús.

Mas siendo la sagrada Comunión la unión del alma con Jesús, ha de haber unidad entre estos dos términos; cierta paridad que sea el fundamento de la unión; porque las cosas contrarias no pueden unirse. La luz no puede juntarse con las tinieblas ni la muerte con la vida. Luego si Jesús vivo viene á nosotros, necesario es que nosotros estemos vivos, pues sin esta vida no es posible la unión. A lo más podréis encerrar á Jesús en vuestro pecho durante algunos momentos, pero Jesús no permanecerá en él, y vosotros le habéis hecho sacrilega violencia.

Tengamos, pues, presente siempre esta condición esencial que consiste en la pureza de conciencia. Esta condición nos la inculca enérgicamente la Iglesia por boca del Concilio de Trento, prohibiéndonos terminantemente recibir la sagrada Comunión cuando la conciencia nos acusa de pecado mortal, si no nos hemos confesado antes, aunque estemos arrepentidos de nuestros pecados.

II

Aunque no se nos exigiera de un modo tan expreso y terminante esta pureza de conciencia, la simple razón de honestidad nos mostraría el deber que tenemos de purificarnos de todo pecado mortal antes de recibir la sagrada Comunión. La comunión es un banquete, es el festín nupcial del Cordero. Jesucristo nos admite á su mesa y nos sustenta con su propia carne: El es el comensal y el festín *cibus et conviva*. ¿Nos atreveríamos á tomar parte en este festín con hábito indecoroso? ¿Quién sería osado á presentarse en él llevando los vestidos sucios? No

nos hayamos, pues, con Nuestro Señor como no nos atreveríamos á habernos con cualquier advenedizo. La Eucaristía es un festín regio; en él los ángeles circundan, pero á pesar de su pureza no pueden tomar asiento en el banquete. Procurad vosotros, ya que no poseéis la resplandeciente blancura de los ángeles, llegaros á Él por lo menos con la pureza de conciencia que Jesucristo exige como condición precisa para admitiros á su sagrada mesa.

III

Por otra parte, no hay en la Eucaristía cosa alguna que no nos invite á llegarnos á ella con la conciencia pura. ¿No os acordáis de haber visto á los niños que reciben por vez primera la sagrada Comunión? ¡Qué hermosos y puros son estos niños que se suceden unos en pos de otros en prolongadas filas!...

¡Qué pureza la del pan eucarístico! Procede de trigo puro. Después de quitarle el salvado ha sido convertido en harina. ¿Hay cosa más pura que la harina candeal? Ha sido amasado sin levadura, que pone en el pan un germen de corrupción. El Señor hubiera podido escoger otra materia de diferente color, pero no hallaríamos en ella estos ejemplos de pureza...

Es cosa tan natural la pureza, tratándose de la sagrada Comunión, que si yo os dijera que comulgarais en pecado mortal, vosotros sentiríais horror y preferiríais morir antes que cometer semejante crimen.

Ni siquiera os atrevéis á comulgar cuando la conciencia os acusa de algún pecado venial voluntario,

y eso que bien podríais en este caso recibir el Sacramento, porque el pecado venial no se opone radicalmente á la sagrada Comunión. Pero no os atrevéis, porque creéis que sois indignos, porque vuestros sentidos no tienen la blancura que debieran, y por eso venís antes á pedir perdón. Esta conducta prueba, en verdad, vuestra delicadeza, pero al mismo tiempo muestra cuán inseparable de la pureza es la sagrada Comunión.

Mirad lo que hizo el Señor antes de la cena. «Puros sois—dijo á sus Apóstoles—pero los pies los tenéis todavía manchados de polvo; quiero quitarles ese polvo y purificaros enteramente.» Y les lavó los pies.—¡Hermosa lección de humildad, pero todavía más hermosa lección de pureza!

Llegaos, pues, á comulgar en estado de gracia, que es la vida del alma. El suplicio más horrible á que solían ser condenados los mártires, se dice que era el ser atados á un cadáver. Mil veces preferían la muerte antes que verse sujetos á este tormento; pues tormento era y muy espantoso aquella alianza forzada de la muerte con la vida. ¿Por qué, pues, has de unir á Jesús con un cadáver? ¿Quieres dar digna sepultura á Jesús? Pues procúrale, por lo menos, un sepulcro nuevo y que esté limpio.

IV

Mas la razón que más mueve á las almas verdaderamente cristianas á purificar la conciencia antes de comulgar, es que Jesús se une más ó menos íntimamente con ellas, según es mayor ó menor su pureza cuando se acercan á la sagrada mesa.

Si te contentas con solo estar limpio de pecado mortal, Jesús vendrá á ti y vivirás por su gracia; pero á semejanza de Lázaro, que aunque estaba vivo no podía andar, porque tenía los miembros sujetos con vendas, no sacarás mucho provecho de la comunión. Pero limpia más todavía tu alma; ven con frecuencia á cobrar nuevas fuerzas, y acabarás por vencerte enteramente á ti mismo y producirás los frutos de gracia y de buenas obras que Jesús espera de ti.

Cuando el que comulga está limpio, aun de pecados veniales voluntarios, Jesús obra en su alma enérgicamente y sin obstáculos; le inflama el corazón, le excita la voluntad, le ilumina el entendimiento y penetra en lo íntimo de su ser. Entra en la cámara reservada á los amigos, donde no ve ninguna telaraña, se deleita allí con el aroma que exhalan los buenos deseos y permanece en ella durante largo tiempo. Entre Jesús y el alma suceden entonces cosas inefables; el alma adquiere extraordinaria delicadeza, no vive ya para sí, pues hace una sola cosa con Jesús y le dice: «Tomadlo todo para Vos, reinad sobre todas las cosas y amémonos constantemente; quiero ser vuestra sierva por toda la eternidad.»

¡Grande consuelo, que Jesús venga á nosotros según la medida de nuestra pureza! ¡Cómo ha de venir á nuestra alma en razón de las buenas obras que hemos hecho y de las virtudes que poseemos! ¿Qué son nuestras virtudes en comparación de la santidad de Dios? Pero si eres puro, si procuras ser cada vez más puro, esto basta, y Jesús vendrá á ti con alegría.

Este es, pues, el bien á que debemos consagrar to-

das nuestras fuerzas; conservarla nuestra alma limpia de pecado, quitar de ella todo germen de corrupción; purificarla y hermosarla; y he aquí también el fruto de la Comunión: de esta manera se hace continua acá en la tierra la unión de nuestra alma con Jesús, y principia la unión que nos espera en el cielo, y que no ha de cesar jamás.

